

eternidad de la materia y en la destrucción del alma, jamás podrá justificárseles en cuanto á su moral y á sus costumbres. Éstas no eran simplemente malas, según se nos dice en escritos contemporáneos, sino que estaban revestidas de verdadera gravedad, pues ellos no se contentaban con dejar libre á la naturaleza, sino que además la violaban; y no tan solamente no se abstendían de ello, sino que ni siquiera se avergonzaban. Sócrates es en absoluto un cínico; en los *Diálogos* de Platón, la infamia más grande se representa como una cosa tan natural en sí misma y tan puesta en uso y costumbre, á pesar de las leyes que prescribían lo contrario, que puede creerse, sin duda alguna, que estos vanidosos filósofos y estos sabios soberbios no vieron en ello cosa alguna inicua. La moral cristiana será con frecuencia impotente contra las malas inclinaciones del hombre; pero hay la diferencia que, aunque despreciada, no sólo no aprueba el mal, sino que excita constantemente al arrepentimiento, ilumina la conciencia para que vea su remordimiento insoponible, y con su perseverancia conduce al pecador á que él mismo sea el que se acuse y condene á sí mismo; pues el que se propone justificar el crimen, no sólo es un pecador, sino que se convierte en un verdadero apóstata; porque la apología que él se obstina en formar á favor del vicio es la confesión manifiesta sobre la cual ha recaído el fallo de la conciencia pública, al confirmar el justo decreto en virtud del cual es reprimido el vicio.

Se piense como quiera acerca del genio de Platón, siempre

será preciso reconocer que la verdad se ve desfigurada en sus manos, que se ríe de ella de la misma manera que se ríe del vicio; y de cualquier modo que se juzguen los altos presentimientos de Sócrates, sus cualidades y su bella muerte, también será siempre forzoso admitir que Sócrates no conoció sus faltas, ó que, si las conoció, no quiso reprobarlas. Platón despreciaba á los filósofos que podían explicarse con sencillez y claridad para que el pueblo les entendiera, y Sócrates, después de haber llevado una vida de libre-pensador, moría sin tener siquiera el instinto del arrepentimiento. En este cuadro, el más grande y mejor descrito de hombres tan ilustres como extraviados, puede verse qué clase de precursores podía esperar en ellos el Cristianismo.

La antigüedad, hablando con propiedad, no tenía absolutamente nada de cristiana. Doctrina, leyes, costumbres y todo lo que constituía su sabiduría conspiraba á oprimir los pequeños y los débiles, el niño, la mujer, el pobre, el esclavo y el pueblo; y la prueba de ello la encontramos en estas famosas legislaciones en que con tanta evidencia se revela la influencia maligna de aquel que fué homicida desde el principio. Las leyes de Esparta son todo lo que hay de más diabólico y de más impuro, y las imaginarias leyes de Platón manifiestan la inmensa debilidad del hombre mortal, que pretende por sí solo alcanzar la sabiduría, y declaran la medida de su implacable orgullo, cuando él cree haberla encontrado. Para ese falso sabio, la humanidad no

es más que una materia inerte sobre la cual tiene su espíritu el derecho de hacer lo que le plazca; corta en ella cuadros al rudo golpe del hacha; modela, talla, despedaza á su gusto, y á su gusto, por fin, se sirve de la muerte. El legislador Platón no quiere ni consiente más que cuerpos perfectos y almas bellísimas, y manda, por consiguiente, que los médicos dejen perecer á los individuos deformes, que los tribunales hagan perecer á los incorregibles, y que los niños mal formados ó nacidos de padres malos sean enteramente abandonados. Siempre teniendo en



Lámina 9. — Bárbaros encadenados y mujeres atadas por los cabellos á los pies de un trofeo, en testimonio de su derrota y de su cautividad. — Parte de un camión del tiempo de Tiberio que se conserva en el Museo de Viena.

cuenta la hermosura y el vigor de la naturaleza, fija un límite á la edad para poder ser padre y madre, pasado el cual prescribe sean abandonados los hijos. El hombre libre, según Platón, puede matar á su esclavo, y por ese crimen sólo está obligado á purificarse, mientras que el esclavo que, en legítima defensa, matase á un hombre libre, estaba condenado á la pena impuesta á los parricidas. Esos son los medios con que el filósofo más

eminente de la antigüedad, haciéndose maestro de un pueblo, pretendía transformarle y reconstituirle en virtudes y en belleza. Excediéndose en delirios sobre la antigua molicie, arrojaba los poetas y hacía correr á torrentes la sangre; Horacio pide que muera dos veces la vestal acusada de perjurio; el voluptuoso Platón quiere que se suprima el corazón de la madre y el de la esposa; mata al esclavo, y arroja en los lugares inmundos los niños mal nacidos. ¡Oh Cristo! ¡oh pureza! ¡oh amor! ¡daos priesa, y venid á instruir la Samaritana, á levantar la Pecadora que llora, y á poner vuestras manos sobre la cabeza del niño inocente!

De nada sirve objetar que las leyes de Platón eran simplemente un juego de su espíritu, pues la Grecia había visto diversiones, ensayos, sucesos vergonzosos en que todo era permitido. Platón no inventó el infanticidio; la condición del ilota en Esparta era mucho peor que la que él quería para el esclavo, y no fué tampoco mejor la suerte que estaba reservada al esclavo y al niño en Roma. «¿Quién hay entre vosotros, preguntaba Tertuliano á los magistrados del imperio, quién hay que no haya inferido la muerte á su propio hijo?» En el siglo tercero, Plotino, filósofo envidioso y enemigo del Cristianismo, se empeñó en fundar una ciudad en donde fueran observadas las leyes de Platón; y todavía estuvieron más extraviados que ese iluso fundador los demás filósofos que no habían visto la luz de la revelación. Provieniendo todas esas aberraciones de la misma

condición humana, no podría asegurarse con verdad que no pudieran reproducirse nuevamente en nuestros tiempos.

«Las creencias opuestas á la razón, dice Bonald, producen de suyo inevitablemente acciones contrarias á la naturaleza.» A despecho de los gemidos más íntimos de esta naturaleza humana, que no podía desaparecer enteramente, el mundo pagano, sometiéndose á la razón pura de sus sabios, llegó á ser la imagen en que estaban reflejados sus dioses; y una vez oscurecida y extraviada su inteligencia, por precisión sus costumbres habían de ser también desordenadas. Tanto en la sociedad doméstica como en la civil, el cáncer crecía y se agrandaba cada vez más; el divorcio y la disolución consumen y acaban la familia, y la soberbia y la ambición destruyen el derecho. La propiedad queda sin garantía de seguridad; crece escandalosamente la usura; los deudores están cada día más miserables y los esclavos más oprimidos en proporción del aumento de riqueza y á medida que las costumbres son guiadas de la molicie y que las letras y las artes multiplican sus progresos. Por doquiera se ve que la crueldad, la venalidad, el bandolerismo y todos esos instintos perversos, dirigidos por la mentira y el fraude, son llevados hasta el cinismo; cinismo fraudulento en la palabra, en el juramento, en los tribunales y en toda clase de contratos. La guerra se hacía sin sentimientos de humanidad, ya surgiese entre los ciudadanos, ya se sostuviera por extranjeros. Si se llegaba á una alianza, era insegura; y si á la paz, ésta no

tenía garantía alguna. Tal es el triste estado de los pueblos poderosos de la antigüedad, por más que una literatura tenaz y obcecada pretenda presentárnosles como modelo de pueblos libres y llenos de dignidad. Su bajeza no es comparable más que con su corrupción; el carácter dominante de la antigua Roma es un profundo olvido de Dios y un soberano desprecio del hombre, vicios que andan siempre juntos, porque el uno engendra naturalmente al otro.

Antes de la venida de Jesucristo al mundo, el hombre era la víctima de sus semejantes; y, en los momentos en que Jesucristo iba á aparecer, esa víctima estaba en la abyección, sin fuerza para resistir. Esto no significa que el hombre hubiera perdido su genio y su valor, pues, áun siguiendo el rumbo de las tinieblas, siempre llevaba consigo la luz que mostraba su origen y su grandeza, y no se extinguió en él jamás, áun cuando se vió sujeto á la esclavitud y áun cuando la política, la ciencia, la literatura, el comercio y las artes conspiraban de consuno á extinguir y eclipsar su natural dignidad. Había, es verdad, maravillas humanas en la sociedad antigua, pues, prescindiendo de Nínive y de Tiro, de la disipada Babilonia y de Menfis arruinada, tenemos ante la historia esas democracias griegas tan florecientes y el gran Senado romano; tenemos á Homero, Platón, Fidias, Aristóteles, Cicerón y Virgilio, á Alejandro y César, sabios de primer orden que albergaban en su inteligencia y en su corazón los secretos del mundo pagano y dictaban la moral á

todas las razas. Mas aunque no faltaron legisladores, conquistadores, artistas y famosos poetas, ninguno de entre ellos tomaba á su cargo el inspirar al hombre el respeto á sus semejantes y el amor de un solo Dios; y todo el movimiento social tenía por fin colocar el mundo entero bajo el despotismo de Roma, y Roma bajo los piés de Tiberio, preparando así las escenas de crueldad de un Calígula y de un Nerón. Ese es el resultado supremo de la ciencia antigua, en que se resumen los grandes trabajos del género humano y los desvelos del tiempo: ¡un hombre-dios que se llama Tiberio, y que va á ser un Nerón! El dios Tiberio encerrado en Caprea, inventando placeres y suplicios, inquieto, ya próximo á la descomposición, impotente para limitar el número de sus templos y la multitud de sus sacerdotes; no pide á Roma que le dé el culto y el incienso de los dioses, sino que más bien les rehusa; no le inquieta el perder su divinidad, pero teme la muerte, teme á Roma, á sus ministros y á sus cómplices en el desorden; teme, sobre todo, á su sucesor Calígula, que él mismo educa y eleva para librarse de los disgustos de ser dios y para legar á sus adoradores un monstruo capaz de hacer que los pueblos sintiesen haberle perdido á él. Mientras tanto bastan á Sejano diez mil pretorianos reunidos para imponer respeto á Roma, que temblaba bajo el acento de sus delatores, y bien pronto se tendrá por dueño de los destinos al loco Calígula, después á Claudio, el imbécil, que estaba manejado y dominado por Mesalina y Agripina; y últimamente, Ne-

rón será la gran cabeza política, el vínculo y la dicha de la raza humana.

Redoblense del cielo las crueldades,
Abísmense en el mar nuestras galeras,
Reproduzca Farsalia las maldades
Que regaron de sangre las praderas,
Clame Perusa desolada, hambrienta...
Nerón gobierna: Roma está contenta.

Hé ahí la última palabra del politeísmo y su última expresión religiosa y civil. Ahí están Tiberio, Calígula, Nerón, Helio-gábalo, dioses y dueños soberanos á quienes estaba sometido todo el mundo. Contra el dogma de la unidad de Dios había levantado el fementido Satán la herejía del politeísmo, y al mismo tiempo que el Hijo de Dios tomaba la naturaleza humana para revelar toda verdad y para restablecer la verdadera libertad, él pretende parodiarle, é intenta tener también su encarnación; y Tertuliano pudo decir á los paganos, en su misma cara, que ellos eran más voluntariamente perjuros después de haber jurado por todos los dioses que cuando solamente juraban por el solo genio de César. Este poder satánico se acomodaba tan perfectamente á la degradación de la humanidad, que durante tres siglos ejerció su maligna influencia, pasando de los perversos á los locos, de éstos á los brutos y de los brutos á los monstruos, sin llegar jamás á inquietar la cobarde bestia á cuyas venas se nutría, dejando manchada la naturaleza humana de perpetua infamia. Los paganos matan los emperadores, y los cristianos solos matarán el imperio; y le matarán dando su pro-

pia vida, muriendo ellos mismos por restaurar el mundo. Mas estos altivos romanos, que rehusan la verdad, no quieren, por otra parte, la libertad; pues si ellos matan al emperador, no es por salvar el imperio, sino por venderle y robarle. Nuestra gloria al presente, decían ellos, es obedecer, y tenían contraída esta obligación en presencia de Tiberio. Bajo los piés de César se multiplicaban los legistas, verdaderos teólogos del culto imperial, y éstos conceden á su jefe supremo la entera propiedad del género humano. César mata y destruye el derecho, estableciendo que tuviese fuerza de ley todo lo que agradase al príncipe. Mas, después de todo eso, puede, sin embargo, decirse que eran mejores los caprichos de César que las leyes de Platón. Aparece, pues, evidente que antes de Jesucristo, el mundo, llevando hasta lo sumo el desprecio de Dios y el odio hacia el hombre, adora de la manera más abyecta el ídolo de la carne y del placer que le devora, y en la misma abyección consiente morir.

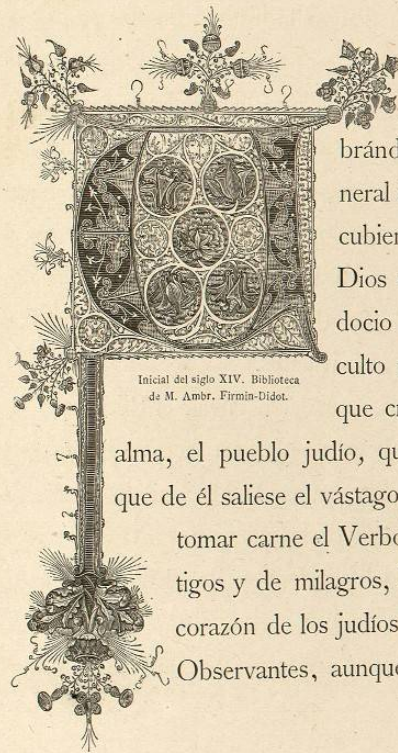


Lámina 10.—Sacrificio á las divinidades del infierno, estando la víctima con la cabeza baja. Cuadro ejecutado conforme al *Virgilio* del Vaticano, que data del siglo VI.



III

LAS PROFECÍAS



Inicial del siglo XIV. Biblioteca de M. Ambr. Firmin-Didot.

N solo pueblo hay que, librándose de la condición de general ignominia con que estaban cubiertas otras razas, adoraba al Dios verdadero, tenía un sacerdocio legítimo y practicaba un culto santo. Este era el pueblo que creía en la inmortalidad del alma, el pueblo judío, que estaba reservado para que de él saliese el vástago precioso de que había de tomar carne el Verbo eterno. Á fuerza de castigos y de milagros, Dios había arrancado del corazón de los judíos el germen de la idolatría. Observantes, aunque imperfectos, de su ley